

# VIGÉSIMO OCTAVO DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO

*Que el Padre de nuestro Señor Jesucristo ilumine nuestras mentes para que podamos comprender cual es la esperanza que nos da su llamamiento.*

Hoy el profeta Isaías y Jesús utilizan las imágenes confortantes de un banquete para describir el reino del cielo. Todos estamos invitados a este banquete.

Además de comer, muchas otras cosas suceden en las comidas. Y, cuando amigos se reúnen puede ser un tiempo de armonía y de crear lazos cordiales, un tiempo en el cual la gente se junta más como en reuniones del Día de Gracias, Navidad, cumpleaños y aniversarios. Una comida es un momento de gran alcance para el ser humano. Esa es la razón

que una comida se utiliza tan a menudo en la biblia como símbolo del cielo, del reino. Isaías utilizó el cuadro de un banquete enorme en la montaña del Señor para ilustrar el propósito de Dios de juntar a todas las naciones y razas separadas por el pecado original. Jesús utiliza la imagen de un banquete en esta parábola para demostrar que invita a toda la gente al reino de Dios.

Podemos aceptar, ignorar o rechazar esta invitación. El rechazar esta invitación es separarnos totalmente de nuestra fuente súper natural de la vida. Dios no está forzando la salvación en nosotros. Se nos hace la invitación, pero todo depende de nosotros si aceptamos el llamado o no.

Lo que capta nuestra atención en esta lectura del Evangelio es la persona que entro mal vestida. La persona aceptó la invitación, pero no fue vestida en traje de fiesta. Ese detalle expresa una precaución importante para nosotros. Recibir la invitación a la vida y comunión con Cristo es una cosa. El permanecer en unión con Él es algo diferente. El aceptar la invitación al reino, compartir la vida de Dios a través de Jesucristo, significa más que demostrar que vamos a la Iglesia y que dejamos que nos sucedan cosas súper naturales. Tenemos que hacer nuestra parte.

Corre el peligro de lo que se ha conocido como "gracia barata," es decir, buscar la gracia sin obediencia, la gracia sin obras buenas, gracia sin el apostolado, gracia sin arrepentimiento, gracia sin costo alguno. En Jesús, la misma vida de Dios se ofrece a cada uno, pero solamente a los que realmente cambian su manera de vivir para



seguir el Evangelio, experimentarán el poder transformador de Dios. Necesitamos dejar nuestras ropas viejas y hábitos y ponernos las ropas nuevas del apostolado Cristiano.

Lo que cuenta, no es solo rezar nuestras oraciones, sino abrir nuestros corazones y nuestras vidas a Dios al rezar. No es solo el número de palabras que decimos o la elegancia en que las decimos, la antigüedad o la calidad de la indulgencia unida a una oración. Lo que cuenta es la clase de vida y de corazón de la cual el rezo

proviene. Éstas son las llaves que abren la puerta al poder de Cristo, la vida del reino para nosotros. Esto nos da la entrada al banquete de la vida de Dios.

Todos somos llamados, pero ¿aceptamos el llamado? Nuestra entrada al banquete no es solo un llamado bautismal al cual nosotros o nuestros padres respondieron hace años; debemos usar la ropa de nuestro Bautismo. Es la vida bautismal que cuenta, no nada más el certificado bautismal.

Así pues, las preguntas para todos nosotros son: "¿Estamos vestidos apropiadamente para la iglesia? ¿Qué clase de vida traemos a este banquete de Eucaristía? ¿Cuál es la condición de nuestra ropa bautismal? ¿Acaso se nos han olvidado o hemos desechado nuestras promesas bautismales? ¿Es el bautismo solo una memoria, o es una dedicación activa que va formando nuestras vidas y nuestras prioridades hoy?" Si nuestras promesas bautismales todavía están formando nuestras vidas, si aceptamos la invitación al apostolado y venimos aquí vestidos como personas que verdaderamente intentamos vivir nuestro llamado en el Bautismo, entonces en este banquete sagrado de la Misa recibiremos la promesa de Dios de vida eterna. Recibiremos lo que nos afirmó, que El será nuestra fuerza para ayudarnos a llegar al banquete que nunca terminará.

